

LA LLUVIA

SIEMPRE lo decía el viejo alfarero de las gredas ocultas en la montaña, el de la piel curtida por todos los vientos y las manos afiladas, firmes y sensibles, casi azules de tan blancas y pulidas.

—Aquí tendremos que morir, confundidos con la tierra y las arenas, disueltos en la vorágine del huracán, como pavesas que un día, sin saber por qué, se apagan y se pierden por los espacios, a la manera de las inútiles cometas de los niños.

Lo decía para sí mismo, esa es la verdad, porque nadie oía sus palabras, nadie podía escuchar su voz en el desierto sin límites ni horizontes en que vivía. Pero él hablaba, convencido de que si perdía la palabra sonora, pronunciada en busca de unos ecos de posible reconocimiento, habría perdido definitivamente la última raíz de su existencia, la causa misma de su vivir prendido en las arenas y caminando siempre, con llanto y sudor reseco, hacia la zona norte de la montaña, donde la humedad encuentra su cobijo y la piel se distiende al percibir un soplo reconfortante, como de nuevos ánimos para continuar la vida y la escalada.

Porque su misión era muy simple y repetida. El ascenso a la montaña en busca de la greda y el carbón. El descenso al llano roto y poblado de ruidos agoreros, solitario, indefinido y envuelto en perpetua niebla. Allí, en la llanura inhóspita, trabajaba el barro que después vendía, muchas veces sin precio, a extraños compradores envueltos en tupidas mantas para protegerse del sol y de la fiebre. Y el ciclo recomenzaba siempre, jamás terminado, isócro-



no, martilleante y feroz en su precisión medida y sin variaciones. Todo igual, monótono, inexorable, hasta el sueño de las mil horas que lo rejuvenecía y alentaba para continuar horadando las entrañas de las rocas, buscando el barro prometido, la sequedad áspera de la llanura, el humo polvoriento de su viejo alfar.

Era su trabajo. Era su vida. Y a nadie se quejaba de la injusticia y de la soledad. Cierto que, a veces, (lo intuía más que lo pensaba) una legión de sorprendentes hombres y mujeres invadían el desierto, la tierra y las arenas. Personajes extraños, todos eran pequeños de cuerpo y de cabezas voluminosas, lacios cabellos tornasolados y ojos vibrantes, abiertos y un poco saltones, parecidos a los de las inteligentes ranas de las umbrías montaÑeras. Venían silenciosos y desmañados a sentarse formando círculos sobre la zona más calcinada de la llanura. Allí componían cabalísticos gestos y, de pronto, soltaban su lengua y hablaban con viveza en cien idiomas diferentes, todos iguales, en babélica koiné que no lograban entender, pero que adivinaban preñada de mundos nuevos capaces de domeñar el sol y la sed, incluso de crear el agua y hacer bajar la lluvia de las nubes.

Así pasaban horas infinitas, pero al poco de comenzada la asamblea las voces perdían fuerza hasta conseguir un trémolo inquietante, vaticinador del silencio y de la vida. Continuamente se movían en sus asientos y erguían las cabezas penetrantes. Se dispersaban, amistosos, por la llanura y, quemando los pies sobre la roca viva, de los ojos y las manos brotaban árboles, riachuelos, peces tornasolados. Y la tierra, verde, amarilla y roja, se poblaba de toda clase de animales y hombres y mujeres y niños, todos desnudos, hermosos y fuertes. Y no había dioses, ni héroes, ni reyes que gobernaran y pudieran jerarquizar la tierra y los cobijos.

Pero la felicidad duraba sólo con la noche y el silencio. Porque de pronto, el sol plantaba su presencia entre las estrellas y todo recuperaba su apariencia de siempre. Y era curioso que la luz aplastante se acompañaba de inarmónicos ruidos simétricos, violentos, como de botas densas rechinando en metales y areniscas, al conjuro de guturales voces de mando respondidas por el grito coral. Entonces, al presagiar los ecos lejanos, los hombres y mujeres de grandes cabezas acometían la febril recogida de todo lo creado para correr a esconderlo tras la cortina gris de una niebla simulada, jamás agredida por los ríos ni por la luz cegadora. Era la zona reservada que nadie ajeno y bárbaro había descubierto.

Con la vuelta del sol, el hombre de la greda salía de su estupor y regre-



saba, cansado y pensativo, a su trabajo de siempre, a su eterno caminar. Y hablaba para escuchar su voz

—Día vendrá en que los caminos estarán limpios de polvo y de metal ardiente. Y el sol se ocultará tras la montaña y dejará crecer los árboles y no habrá más arena sobre los ojos. Ahora no, pero entonces podré hablar sin tener que oírme. Todo habrá de llegar en su momento.

Así pasaron siglos y milenios. La tierra sin horizontes se llenó de vasijas infinitas, todas iguales. Los compradores extraños perdieron sus tupidas mantas comidas por el sol, y la piel de sus cuerpos era sólo el reflejo de la calcinada piel, llena de grietas negras de la tierra. Por su parte, el inexorable hombre del alfar seguía renovando a Sísifo todos los días, todos los siglos, con sus manos cada vez más blancas y finas, con sus barbas cada vez más hirsutas y floridas, subiendo y bajando a la montaña, impenetrable como el viento, el barro y la llanura.

Los hombres de la noche y el silencio, las mujeres y los niños continuaron viniendo a la tierra desértica, para sentarse en círculo y hablar, para poblar el polvo y las arenas de verdes, de rojos y de blancos: de animales, de plantas y de ríos. Y siempre, con el sol, todo volvían a esconderlo celosos tras la simulada niebla fronteriza.

Pero una mañana no pudieron más: se había terminado el espacio disponible. Y tuvieron sensación de cárcel en medio de la llanura interminable, abrasados por unas rejas pesadas y oscuras como el instinto, como las llamas que siempre queman los pensamientos y la vida. Y todo se les hundió sobre las cabezas, bajo el peso de la nada existencial, cercada su libertad por el espino del ruido y de la acción. Los hombres sintieron la llamada angustiosa de las mujeres y las madres ya no pudieron alimentar el juego de los niños. Intentaron romper la niebla, pero el ruido ensordecedor de hierros y rocas taladró sus tímpanos y los hizo sangrar. Y la cegadora luz de todos los soles reunidos hizo estallar el globo de los ojos abiertos, incrustando las esquirolas en el centro mismo del cerebro.

Todo fue tormentoso y alucinante. La locura impotente de la otra cara del espejo los hizo verse calzando botas negras claveteadas, levantando brazos al unísono, encendiendo potentes focos que iluminaban geométricos caminos angostos y siempre iguales. Desdoblados de su propia realidad, fueron víctimas y verdugos a la vez. Estaban recluidos y lo sabían con la cortante lucidez de quienes están al borde de la locura. Ya nunca más podrían salir de su voluntaria y fantástica prisión —blancos, rojos y verdes— saturada y en continua partenogénesis. Crecerían hasta el infinito sin morir nunca, de-



saparecidos con el tiempo sus miembros, las zonas menos esenciales de su anatomía, hasta quedar, lo sabía muy bien, sólo la hermosa cabeza de melena hirsuta, tornasolada y escasa. Únicamente los abiertos ojos penetrantes y penetrados, un poco saltones, en verdad, como aquellos casi olvidados batracios.

Lo sabían perfectamente y no alcanzaban un mínimo grado de resignación. Durante los días, a pleno sol, dormían un letargo apaciguado y tenso mientras la vida era selva y maraña a su alrededor, creciente y obsesiva, indetenible. Al atardecer, cuando la noche prometía su liberación en las estrellas, desperezaban la cabeza y apretaban los ojos asombrados contra los barrotes de la niebla. Y la visión continuaba catastrófica y enervante, porque en el exterior seguía el desierto y a lo lejos, muy al fondo, vislumbaban la pincelada oscura de la montaña como promesa de un destino siempre deseado y jamás cumplido, prometedor y distante al propio tiempo incrustado en el cerebro a manera de dolorosa espina de cactus invisible.

La experiencia se viene repitiendo durante siglos, hierática y tenaz, perfilando a cada instante la irresoluble contradicción de pensamiento y vida, separados ambos por la experiencia incandescente de los frios barrotes de la niebla. Dentro de su recinto refugiado, el crecimiento era imposible y la creación de seres nuevos no podía terminar, lo que suponía como final la destrucción inexorable, devorados por sus propias criaturas, mientras en el exterior, el desierto crecía corpuscular de polvos y de arenas, vigilado por los terribles hombres de coraza negra y botas atronadoras y cavernarias voces.

Y en la idea, quemante, sólo una esperanza: el amigo alfarero que habían viviente y redentor, cuyas voces les llegaban intermitentes, aunque cada vez más espaciadas...

Hasta en el aire faltaba el movimiento. Y la quietud definitiva, lo sabían sin remedio, sólo podría significar la muerte. Pero seguían mirando a la espera de la voz, de los ecos de la voz del alfarero. Miraban impávidos por última vez. Un cuervo presuroso intentó batir sus alas, desesperado, en el aire de plomo, antes de precipitarse sobre las rocas hirvientes y afiladas. Y les pareció llegar la última salmodia, perceptible a los asombrados ojos de los extraños hombres, cuyos párpados, quizá, nunca volverían a cerrarse.

—Ya todo sol, todo polvo, todo arena... Todo negro. Sólo un milagro podría regresarnos al mundo de los vivos, de la luz y del agua. Pero los taurmaturgos hace tiempo que murieron, perdidos tras de la niebla errante. Será necesario esperar otra vez, la noche y el invierno. Y posiblemente un milenio, a la caída de la tarde, de nuevo pueda retornar la lluvia...

